

MATAR EL TIEMPO

GRANTA

EN ESPAÑOL

Av. Diagonal 361, 2.º 1.ª 08037 Barcelona, España
www.galaxiagutenberg.com/granta | info@granta.com.es

NÚMERO 15: PRIMAVERA 2015

NUEVA ÉPOCA 2

PUBLISHER Joan Tarrida
DIRECCIÓN Valerie Miles y Aurelio Major
REDACCIÓN Lidia Rey
COMUNICACIÓN Disueño Comunicación, S.L.
PORTADA Torre de reloj destrozada tras terremoto
en Italia, 20 de mayo de 2012
© Reuters / Cordon Press

GRANTA EN INGLÉS

PUBLISHER Y *DIRECTORA* Sigrid Rausing
JEFA DE REDACCIÓN Yuka Igarashi

www.granta.com

GRANTA BRASIL: www.objetiva.com.br | GRANTA ITALIA: www.grantaitalia.it

GRANTA BULGARIA: www.granta.bg | GRANTA NORUEGA: www.gyldendal.no

GRANTA SUECIA: www.albertbonniersforlag.se

GRANTA TURQUÍA: www.grantaturkiye.com | GRANTA CHINA: www.99read.com

GRANTA PORTUGAL: www.tintadachina.pt | GRANTA FINLANDIA: www.grantafinland.fi

GRANTA ISRAEL: www.grantaisrael.com

Primera edición: marzo de 2015

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Depósito legal: 49. 2004

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-33-6

Fotocomposición: María García

Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra sólo puede realizarse con la autorización de sus
titulares, además de las excepciones previstas
por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos) si necesita fotocopiar o digitalizar
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

5	Tiempos muertos	101	<i>Ubi Sunt</i> 9 de diciembre <i>Javier Marías</i>
9	¿Nada es sagrado? <i>Salman Rushdie</i>	105	<i>Ubi Sunt</i> Flash sobre mi mamá <i>Aurora Venturini</i>
27	Autorretrato <i>Martin Amis</i>	108	<i>Ubi Sunt</i> Breve historia de la muerte <i>Nir Baram</i>
35	Diario de un cuento. 1963 <i>Ricardo Piglia</i>	115	El murmullo del amor <i>Seamus Heaney</i>
61	La hora de Krapp <i>Anne Carson</i>	119	Sultana <i>Shimon Adaf</i>
75	Se busca compañía para largo viaje <i>Ignacio Vidal-Folch</i>	151	Signor Hoffman <i>Eduardo Halfon</i>
82	Las revenantes <i>Verónica Gerber Bicecci</i>	169	Los años intoxicados <i>Mariana Enriquez</i>
95	<i>Ubi Sunt</i> El barquero ha muerto <i>Saša Stanišić</i>	183	Cartas a Raymond Queneau <i>Iris Murdoch</i>
99	<i>Ubi Sunt</i> Es mi espada del año mil que llora <i>Victoria Cirlot</i>	195	El decimocuarto <i>Antonio Monda</i>

- | | | | |
|-----|---|-----|--|
| 205 | Extraterrestres
<i>Guillermo Corral</i> | 226 | La gran excepción
<i>Rachel Kushner</i> |
| 215 | Tiempo de esparcir
pedras y tiempo
de juntarlas
<i>Sergio Ramírez</i> | 236 | Dos tiempos
<i>Guillermo Cabrera Infante</i> |
| | | 242 | Colaboradores |
-

www.elboomeran.com

DIARIO DE UN CUENTO. 1963

Ricardo Piglia

For in a minute there are many days.

W. SHAKESPEARE

Seguro mi padre alguna vez me habrá dicho –dijo Lucía–: «Hija, tenés que terminar una carrera» y por eso me ve aquí, profesor, siguiendo su curso, para poder recibirme.

De esa manera Lucía había comentado, hacia el final del curso, el comienzo de *El gran Gatsby*. Estábamos en el aula grande de la facultad de Humanidades de La Plata, en el curso de Literatura Norteamericana, una tarde del 60 o del 61. El profesor era Ernesto Rovel, que siempre seducía a sus alumnas más rebeldes y al escucharla pensé que Lucía le había entrado en el juego.

De pie en la tarima, al lado del escritorio donde Rovel estaba sentado, Lucía empezó a dibujar en el pizarrón algunos diagramas

RICARDO FIGLIA

con el nombre de los personajes y flechas que indicaban sus relaciones.

–Fíjese lo que pasa con las mujeres en la novela –siguió ella–, con Daisy, con Myrtle Wilson, son un desastre, perdidas, estereotipadas, las matan o están locas o son unas chiquilinas ridículas.

Rovel la miraba, fumando, con su cara pesada, alcohólica, escéptica.

–Las mujeres... –la interrumpió y dejó en el aire los puntos suspensivos–. Usted se refiere al uso de los pronombres femeninos en el libro. No hay mujeres en una novela, sólo hay palabras.

–Oh, si la literatura estuviera hecha sólo de palabras... –dijo Lucía y no encontró las palabras para seguir y optó por sonreír con una sonrisa arisca, deslumbrante–. Los hombres se transmiten unos a otros esos consejos idiotas y las mujeres son las que cortan la cadena.

Hizo un pausa; ahora era Rovel el que sonreía.

–Pero Gatsby no sigue ningún consejo.

–Por eso es un héroe.

–Gatsby sólo intenta cambiar el pasado. Quiere volver atrás y retomar la vida donde la dejó cuando empezó a equivocarse... –dijo Rovel–. Muy bien, Reynal –dijo después–. Puede sentarse. Pero dígame –la miró irónico–, ¿qué otro consejo de su padre cree que ha vivido?

Ella se detuvo en la tarima.

–«Hija, tenés que aprender inglés», supongo que me habrá dicho. «Tenés que estudiar filosofía, tenés que ser socialista.» Digo eso –dijo ella–, porque esas son las cosas que hice...

Hubo un instante de silencio, como si algo íntimo hubiera cruzado el salón de clase. Rovel y Lucía se miraron un momento y después ella, serena, sin apuro, bajó de la tarima y vino a sentarse junto a mí. Todo se detuvo porque Lucía era demasiado bella y demasiado luminosa e incluso Rovel hizo una pausa, como si una luz hubiera interferido en el aire.

Lucía conocía el arte de la interrupción, con sólo mover la mano producía un desplazamiento de los cuerpos [era como la heroína de

una novela traída y llevada por el movimiento de la intriga. Claro que ella no era la heroína de ninguna novela, aunque me hubiera gustado que lo fuera para cambiarle el destino].

Era mayor que nosotros, había dejado y retomado varias veces la facultad; se había casado a los diecisiete años con un pariente lejano, mayor que ella, un primo con campos en Pehuajó; había tenido una hija y vivía en City Bell y todos le andábamos alrededor como si tuviera una música propia.

—¿Qué tal estuve? —me preguntó.

—De primera.

Sonrió y prendió un cigarrillo, la mano le temblaba un poco y se la sostuvo con la otra, como si no quisiera esconder que estaba nerviosa.

Rovel se había parado en la tarima y consultaba unas fichas.

—En la próxima —dijo—, vamos a ver «Absolution», el relato que Fitzgerald había escrito como prólogo al *Gatsby*.

Los alumnos se arremolinaron, le pedían aclaraciones. Rovel bajó del estrado y se acercó a nosotros.

—¿Quieren tomar un café? —dijo, hablando para todos los que estábamos ahí pero mirándola a ella—. Tengo un rato hasta la hora del tren.

—Sí, vamos —dijo Lucía.

Éramos cinco o seis, y Vicky Boccardo, que estaba conmigo en ese tiempo, se fue adelante. Bajamos por la calle 6 y caminamos hasta La París.

Rovel vivía en Buenos Aires y viajaba de vuelta en el último tren de la noche. Era uno de esos hombres de cierta edad, que perduran hasta la generación siguiente porque son impermeables a la experiencia. Había publicado artículos en *Sur* y era un buen traductor; sus versiones de la poesía de Robert Lowell todavía son legendarias, «mejores que las de Girri», decía él mismo. Me acuerdo que esa noche levantó con desdén el libro que yo tenía sobre la mesa.

—Leen a Gramsci en vez de estar leyendo a Montale. ¿Son sociólogos ustedes? —Repitió el título del libro en voz alta y agregó—: No hay nada más melancólico que la vida nacional.

RICARDO FIGLIA

–Salvo la literatura nacional –dijo Vicky.

La mesa estaba llena de tazas de café y Rovel tenía su segundo whisky en la mano. Lucía había pedido una ginebra.

–Con hielo, querido –le dijo al mozo. Y después miró a Rovel.

–Perdone profesor, usted critica lo que nosotros leemos ahora... pero sigue pegado a lo que estaba de moda cuando usted era estudiante. ¿O no fue una moda toda esa bosta formalista del *New Criticism*? –concluyó con una dulce sonrisa.

–Usted está casada con un estanciero, ¿no?

–Médico.

–Entonces diga la enfermedad formalista –se reía Rovel.

Yo me amagué inmediatamente. En aquel tiempo era incapaz de pensar sobre la naturaleza de las relaciones ajenas porque sólo me preocupaba la actitud que los demás tenían conmigo, y me afectó que Rovel supiera que ella estaba casada. ¿Cómo sabía él que Lucía estaba casada? Eso me distrajo de las hipótesis y los chistes que se entreveraban en la mesa.

Los ricos son diferentes a nosotros, había escrito Fitzgerald. «Sí, tienen más plata», le había contestado Hemingway. Según Rovel, la respuesta de Hemingway probaba que no era un novelista.

–Sin diferencia social no hay buenas novelas –concluyó.

–Pero diferencia... qué diferencia –dijo la pecosa neurasténica que estudiaba lenguas clásicas.

–Puro *name dropping* –dijo Lucía–. Lista de lugares, marcas de ropa, joyas, caballos de polo, autos europeos, hoteles de lujo. La experiencia como un aviso de publicidad.

Conversaciones al anochecer de un día agitado. [Hablábamos así en aquel tiempo] en los bares abiertos toda la noche y Rovel se divertía y nos provocaba, era cínico, el único que pensaba hace dos años lo que todos piensan ahora. Y Lucía lo enfrentaba, desentonaba un poco ella también, pero desentonaba al revés, nos hacía desentonar a todos.

Estaba sentada frente a él y se inclinó para pedirle fuego. Sostenía el cigarrillo entre el índice y el pulgar; con cierta afectación, que las chicas le empezaron a copiar no bien la vieron.

Lucía jugaba con Rovel [pensé entonces], pero jugaba conmigo [pienso ahora] y entre nosotros estaba Vicky, una entrerriana pelirroja, chiquita y activa que me gustaba mucho y con la que tendría que haberme casado si no se hubiera cruzado Lucía. Vicky era inteligente, optimista, serena, directa, y siempre dispuesta a experimentar todas las fantasías sexuales que se le pudieran ocurrir a ella [o a mí]. Pero uno nunca se queda [nunca nos quedamos] con la persona que le conviene, si no la vida sería más fácil. Vicky estaba tan aburrida esa noche en el bar y tan harta del afectado entusiasmo de Rovel que de golpe se quedó dormida y él la miro, inquieto.

–Pero esta chica se quedó dormida –dijo.

Vicky se despertó de inmediato y sonrió, sin justificarse ni nada parecido, sencillamente abrió los ojos y dijo:

–Tengo narcolepsia literaria, profesor, me quedo dormida cuando no me gusta el estilo de la conversación.

Así era Vicky, se reía de sí misma y de todos nosotros, pero después de esa noche ya no quiso saber nada conmigo.

Estuvimos un rato más en el bar hasta que Rovel empezó a guardar los cigarrillos mientras llamaba al mozo. Salimos en grupo a la calle. La noche era fresca, las luces de la plaza San Martín alumbraban los árboles y los tilos ya habían florecido. Vicky se había retrasado y estaba un poco alejada, prendiendo un cigarrillo contra la pared, cuidando de que el viento no le apagara la llama. Lucía estaba junto a Rovel.

–¿Me acompañan hasta la estación? –dijo él hablando para todos los que estábamos ahí, pero mirándola a ella–. Tengo un rato hasta la hora del tren.

Lucía se me arrimó, cálida.

–Nosotros tenemos que irnos –dijo y me tomó la mano. Después se apretó contra mí, era un poco más baja y tenía un cuerpo ágil y firme.

Vicky se acercó, y al vernos, dio media vuelta, y se alejó, sin decir nada, sin despedirse.

[Por el cristal de la vidriera iluminada de la librería que está en la esquina del correo la vi marcharse a Vicky, con tranquilidad, enérgica,

RICARDO PIGLIA

decidida. Más lejos, vi a Rovel rodeado de algunos estudiantes que lo seguían hacia la estación.]

Y ésa fue la noche en que Lucía se vino a la cama conmigo por primera vez.